Maniobras de escapismo

Soy como un caballo ciego que lucha contra gigantes del tiempo, tengo miedo a que las agujas del reloj marquen las doce y se acabe el hechizo apodado maldición que los más sabios denominan amor, y me avisan gritando a los cuatro vientos que tenga precaución, porque tu eres la tinta con la que escribo los motivos de mis sonrisas, pues no hay otro que tu seas esa tinta con la que espero escribir miles de historias, lo único que pido es que estas no tengan final, con la ilusión de aquel niño que te pide que le guíes hasta el norte porque ya perdió el sur por ti, porque como él, creí coger la autopista, pero escogí callejuelas con peajes, donde hay más rotondas que salidas y más baches que señales.

Y cuando por fin decido hacer un alto en el camino, y estirarme sobre la hierba húmeda de un campo, me fijo en la luna y veo como me mira de reojo y me susurra a gritos que me duerma y empiece a soñar, dice que me protegerá de las pesadillas que protagonizas, pero no evitará los sueños sobre tu voz, tu sonrisa y tus ojos, aún que, al fin y al cabo, sean máscaras de circo con las que te ríes de mí.

No entiendo tu obsesión porque jamás me olvide de ti, me enseñaste a contar hasta cinco para recordarte con los sentidos, por si no puedo verte poder oírte recordando tu risa, por si no te puedo tocar, poder oler la chaqueta que te prestaba bajo la lluvia y si no recuerdo el sabor de tus labios me quedan cuatro sentidos más que utilizar.

Y al final, y no hablo de este poema sin versos, me doy cuenta de que simplemente tengo miedo a crecer y darme cuenta de que todo era un juego de niños, que mi canica no rodaba junto a la tuya, ni siquiera llegaba, tu subías en bicicleta y yo andando después de regalartela.

No somos un cuento con final feliz ya que tampoco hay principio, cerraré la portada de este libro en blanco donde no puedo escribir porque no hay tinta ni para empezar.

Firmado: La niña impersonal